

## El Valle de Quillagua (Siglos XVI- XX)\*

### Quillagua Valley (XVI- XX Centuries)

Carolina Odone C.\*\*

#### Resumen

Este artículo propone acercamientos a la historia del valle de Quillagua y de sus habitantes, entre los siglos XVI y XX, a partir de tres preguntas ejes: ¿Qué pasó en el valle de Quillagua a partir de la conquista hispana? ¿Qué ocurrió con las tierras de los indígenas que allí habitaban? ¿Qué pasó con la población nativa? Las estrategias de investigación son variadas: por una parte, recopilación de información arqueológica, etnohistórica e histórica; y por otra parte, utilización de historia oral para dar cuenta de las memorias de sus habitantes. Formas de aproximación que han permitido comprender temporalidades históricas marcadas por procesos de cambios y transformaciones, pero también continuidades.

Palabras clave: Andes del Sur, Quillagua, fronteras, territorialidades, memorias

#### Abstract

This article proposes approaches to the history of Quillagua Valley – and its population – between the XVI and the XX centuries. This will be done based on three core questions: what happened in Quillagua Valley since the Hispanic Conquest? What happened to the lands where indigenous people lived? What happened to the indigenous population? The investigation strategies used are varied. On the one hand, there is a collection of archaeological, ethnohistorical, and historical information. On the other hand, we used oral history to account for the memories of the inhabitants. These are ways of approaching that have allowed for understanding historical transitoriness, which has been marked not only by change and transformation processes but by continuity, as well.

Key words: Southern Andes, Quillagua, Borders, Territoriality, Memories.

---

\* Artículo de revisión.

\*\* Chilena, Doctora en Historia. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: [modoneco@uc.cl](mailto:modoneco@uc.cl)

## PRESENTACIÓN

El ejército de Diego de Almagro el Viejo, una vez fuera del despoblado de Atacama, en su viaje de regreso al Perú, al llegar al oasis de Chiu-Chiu, un punto de aprovisionamiento central, avanzó a la aguada de “Chunchur todo el serpenteo del Loa hasta Quillagua (150 kilómetros=8 jornadas pedestres y 4 a caballo), con recurso continuo de agua, leña y forraje”.<sup>1</sup> De Chunchur siguieron a Chacance, trasponiendo cerca de 70 km. “en tres jornadas”.<sup>2</sup> Y desde Chacance “en cuatro jornadas los 80 kilómetros restantes hasta el Valle de Quillagua, donde los delanteros ya estarían esperando su llegada [la de Diego de Almagro] desde hacía unos cinco días. Según nuestra cronología, el grueso de la hueste llegó al valle de Quillagua por el día 20 de noviembre de ese año 1536”.<sup>3</sup>

En 1540 el ejército de Pedro de Valdivia, tras atravesar los desiertos de Tarapacá y abastecerse en el valle de Pica, habría “utilizado un trayecto de tierras bajas o intermedias, uniendo la quebrada de Tarapacá, los oasis de Pica y el curso inferior del río Loa”.<sup>4</sup> Desde Pica habría tomado rumbo a la quebrada de Guatacondo, pasando por Mani, llegando al curso inferior del río Loa, en las cercanías del valle de Quillagua o “la localidad de ‘Quilla’”.<sup>5</sup> Una vez en el valle, avanzó por “el curso del río, en dirección a Chacance”<sup>6</sup>, o bien habría “cortado directamente hacia Calama y Chiuchiu vía Chugchug”.<sup>7</sup> Aunque no existen vestigios documentales coloniales tempranos que alumbren esa problemática histórica, existe una ruta que comunica Pica con Guatacondo, pasando por la aguada de Mani, atravesando el desierto y la pampa, llegando al valle Quillagua<sup>8</sup> (Ver mapa).

Quillagua fue uno de los espacios significativos en esa ruta seguida por huestes hispanas en sus primeras incursiones por espacios tarapaqueños, loinos y atacamas. Diversas investigaciones arqueológicas dan cuenta que el valle formaba parte de una malla de rutas caravaneras, de traza prehispánica, que lo conectaban con ámbitos costeros situados tanto al norte como al sur de la desembocadura del Loa; y con espacios de precordillera, como los valles de Guatacondo y Pica, constituyéndose éstos en puertas de acceso a espacios de altiplanicie. Esta malla de rutas troperas contiene instalaciones prehispánicas, manifestaciones rupestres y otras materialidades que dan cuenta de complejas articulaciones regionales entre poblaciones costeras y agroganaderas. Siendo también relevante la asociación de Quillagua con ejes viales prehispánicos que la

<sup>1</sup> Patricio Advis, *El desierto conmovido. Paso de la hueste de Almagro por el norte de Chile* (Iquique: Universidad Arturo Pratt, 2008), 149.

<sup>2</sup> Advis, *El desierto conmovido*, 149.

<sup>3</sup> Advis, *El desierto conmovido*, 149.

<sup>4</sup> Cecilia Sanhueza, Ms. “Antecedentes históricos de un espacio colonial de frontera: Poblaciones, recursos e intercomunicación en el río Loa y sus costas adyacentes” (Santiago: PRAMAR ambiental consultores, 2007), 3. Este trabajo forma parte del capítulo V de Charles Rees., *Informe final de Patrimonio Cultural, Proyecto Cambio Tecnológico María Elena*, SQM Nitratos, (Santiago: PRAMAR ambiental consultores, 2007). He respetado la numeración del manuscrito original de la autora. En adelante, se procederá de la misma manera.

<sup>5</sup> Sanhueza, Ms., Antecedentes históricos, 3.

<sup>6</sup> Sanhueza, Ms., Antecedentes históricos, 3.

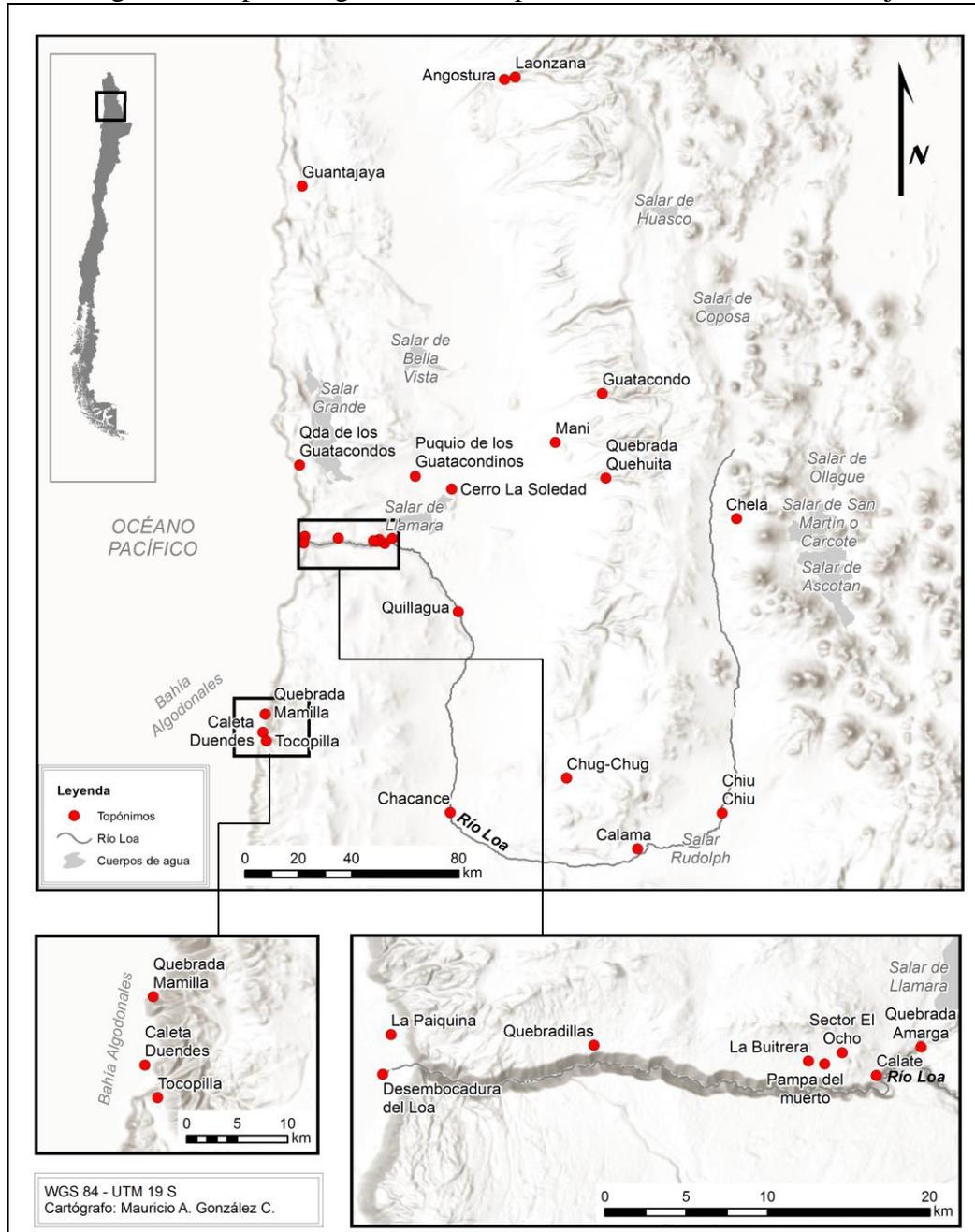
<sup>7</sup> Sanhueza, Ms., Antecedentes históricos, 3.

<sup>8</sup> Gloria Cabello, Francisco Gallardo y Carolina Odone, “Las pinturas costeras de Chomache y su contexto económico-social (Región de Tarapacá, Norte de Chile)”, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* Vol. 18, N° 1 (2013): 50.



conectaban con el Loa Medio y Alto Loa, el altiplano del suroeste de Bolivia y San Pedro de Atacama.<sup>9</sup>

Figura 1: Mapa de algunos de los topónimos referidos en este trabajo



Fuente: Cartografía de Mauricio A. González C

<sup>9</sup> Gonzalo Pimentel, "Las huacas del tráfico. Arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del Desierto de Atacama", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* Vol. 14, No. 2 (2009): 9-38; Cabello, Gallardo y Odone, "Las pinturas costeras de Chomache", 49-66.

Desde ese gran entramado de rutas, ejes y senderos caravaneros, se reconoce que el valle de Quillagua, antes de la invasión hispana, fue un espacio de ocupación multiétnica lo que, material y simbólicamente, habría requerido de negociaciones y arreglos culturales complejos que permitiesen ocupar el valle y utilizar sus recursos para complementar las economías indígenas. Se detecta que desde el Período Formativo (700 AC-600 DC), el valle habría estado vinculado con poblaciones de Atacama y Tarapacá. Y que en el Período Intermedio Tardío (900-1450 DC), estaría más relacionado con poblaciones de Tarapacá, presentando en el Período Tardío, mayores conexiones con poblaciones de Atacama. Coexistencias que permiten pensar a Quillagua como una bisagra o frontera intercultural de grupos del Loa Medio, del Complejo Pica-Tarapacá y de la Cultura Arica, significando para sus cabeceras sociopolíticas, un espacio productivo que formaba parte de la malla de sus territorialidades salpicadas o discontinuas. El valle fue ocupado de modo simultáneo, en distintos momentos del tiempo, accediendo los grupos indígenas a sus algarrobales, maizales, plantaciones de quinoa, recursos mineros y costeros de la desembocadura del río Loa.<sup>10</sup>

¿Qué pasó en el valle de Quillagua a partir de la conquista hispana? ¿Qué ocurrió con las tierras de los indígenas que allí habitaban? ¿Qué pasó con la población nativa? Estas preguntas articulan el presente trabajo cuyo objetivo es dar cuenta, a partir de aproximaciones etnohistóricas e históricas, de las historicidades de Quillagua, siguiendo una línea cronológica desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XX, organizada temáticamente.

## EN LOS ALGARROBALES DEL VALLE DE QUILLAGUA

La información colonial temprana del valle de Quillagua es sumamente escasa. Uno de los pocos documentos que lo refieren corresponde a una escritura de venta de terrenos, fechada en 1588 en la ciudad de La Plata [actual Sucre], en la que Domingo Lanchesmir o Lanchesnir, cacique de Atacama, se presenta ante el corregidor de Atacama, Juan Velázquez Altamirano: “en nombre de don Pedro Niquitaya cacique princypal del dicho

<sup>10</sup> Miguel Cervellino y Francisco Tellez. “Emergencia y desarrollo en una Aldea Prehispánica de Quillagua-Antofagasta”. *Contribución Arqueológica*, n° 1 (1980): 1-235; Lautaro Núñez, “La sociedad tarapaqueña al tiempo de la invasión europea”, *Revista Campus Iquique*, N° 20 (1992): 60-71; Francisco Gallardo, Luis Cornejo, Rodrigo Sánchez, Bárbara Cases, Álvaro Román, y Ángel Deza., “Una aproximación a la cronología y el asentamiento en el oasis de Quillagua (Río Loa, II Región)”, *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología* Tomo II (1993a): 41-60; Francisco Gallardo, Luis Cornejo, Bárbara Cases y Rodrigo Sánchez, “Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, Norte de Chile”, *Gaceta Arqueológica Andina* 23 (1993b): 125-138; Carolina Agüero, Mauricio Uribe, Patricia Ayala y Bárbara Cases, “Una aproximación arqueológica a la etnicidad y el rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua”, *Gaceta Arqueológica Andina* 25 (1999): 167-197; Bárbara Cases, Continuidad, cambio y variaciones en las bolsas domésticas de Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. *Tesis para optar al grado de Magister en Antropología* (San Pedro de Atacama: Universidad Católica del Norte, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo San Pedro de Atacama; Arica: Universidad de Tarapacá, Departamento de Arqueología y Museología, 2007); Gonzalo Pimentel, Charles Rees, Patricia de Souza y Lorena Arancibia, “Viajeros costeros y caravaneros. Dos estrategias de movilidad en el período Formativo del Desierto de Atacama, Chile” en *En ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del tráfico sur andino*, Lautaro Núñez y Axel Nielsen (editores), (Córdoba: Encuentro Grupo Editor, 2011): 43-81; Bárbara Cases e Indira Montt, “Las túnicas rupestres pintadas de la cuenca Media y Alta del río Loa vista desde Quillagua (Norte de Chile)”, *Chungara* Vol. 45, No. 2 (2013): 249-275.



pueblo y de los demás principales e yndios de el dicho pueblo”.<sup>11</sup> En el documento Domingo Lanchesmir señalaba que “vendo y doy en venta real por juro de heredad para agora e para syempre jamas a Juan Baptista Coll [sic] residente en la dicha ciudad [de La Plata]”.<sup>12</sup>

Los terrenos correspondían a “doscientas hanegadas de sembradura de mayz de tierras en la puna y valle de Quillagua y ualle de dicha cancha [?] que corre desde el camyno que va a la mar el rio abajo enterándose [...] en la dicha cantidad en el dicho valle que el dicho valle abajo hasta Quillagua y distrito de Atacama que por todas partes deslinda con cerros y llanos de Pomal y por labrar que el dicho valle no se labran y el del pueblo dicho para los yndios del dicho my pueblo lo qual vos vendo”.<sup>13</sup>

No se puede desconocer que la información colonial sucede en el contexto de “ajuste legal a disputas derivadas de la dislocación territorial proveniente de un régimen multiétnico de explotación previo, orientado al uso del rico bosque local”.<sup>14</sup> Contexto que permitiría comprender que hacia fines de la década de 1580 parte de las tierras del valle están siendo vendidas a otros españoles, en tiempos en que Juan Velásquez Altamirano era corregidor de Atacama; habiendo sido también encomendero, desarrollando en el área de Atacama actividades asociadas al control de la extracción y circulación de pescado seco y salado; utilizándose mano de obra nativa tanto para las pesquerías como para el traslado del pescado. Comercio y lucrativo negocio que permitía poner el pescado extraído del litoral en mercados mineros situados en sectores adyacentes, pero también en mercados mineros y urbanos del espacio alto- andino, donde existía una importante demanda de consumo de las poblaciones indígenas y también hispanas.<sup>15</sup>

¿Sería posible pensar que las tierras del valle de Quillagua, tempranamente, formaron parte de esa órbita de explotación y circulación mercantil hispana? (Ver foto 1).

El valle, desde el tiempo de los *gentiles* o de los antiguos, era un espacio de sembradíos de maíces y quinua, regados con obras de irrigación intensiva, destacando sus algarrobales: “y en esta parte de ellas muchos algarrobales y una acequia muy dilatada de los gentiles y segun los vestigios habían solido sembrar maíces y quinuas y no hay tradicion que desde la gentilidad ninguno las hayan sembrado”.<sup>16</sup>

Existía un pueblo antiguo situado “en una punta para abajo en que está el pueblo antiguo”,<sup>17</sup> siendo el río un hito demarcatorio de dos jurisdicciones coloniales: “á la otra banda del rio en la cual están divididas las jurisdicciones [se refiere a la de Tarapacá y Atacama], en una punta para abajo en que está el pueblo antiguo pertenece á esta

<sup>11</sup> Archivo Nacional de Bolivia (ANB), Escribanos Públicos de La Plata, vol. 53, año 1588, fs. 191r, citado por José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII* (Santiago: DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1998), 123.

<sup>12</sup> ANB, Escribanos Públicos de La Plata, vol. 53, año 1588, fs. 191v.

<sup>13</sup> ANB, Escribanos Públicos de La Plata, vol. 53, año 1588, fs. 191r, citado por José Luis Martínez (1998): 123-124.

<sup>14</sup> Núñez, “La sociedad tarapaqueña”, 69

<sup>15</sup> José Luis Martínez, “Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el corregidor de Atacama, Don Juan de Segura (19 de julio de 1591)”, *Cuadernos de Historia* 5 (1985): 161-171; Cecilia Sanhueza, “Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI”, *Estudios Atacameños*, No. 10 (1992): 169-182.

<sup>16</sup> Mariano Felipe Paz Soldán, *Verdaderos límites entre el Perú y Bolivia*, (Lima: Imprenta Liberal. 1878), 54.

<sup>17</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 55.



jurisdicción [se refiere a la de Tarapacá] y de ahí para arriba á la de Atacama”.<sup>18</sup> José Luis Martínez señala que este ordenamiento no es de traza colonial, sino que las jurisdicciones coloniales se superpusieron a lógicas territoriales de ocupación prehispánica de los tarapacás y atacamas, los que tenían propiedad sobre el uso de los algarrobales del valle.<sup>19</sup>

Foto 1: Vista de los algarrobales



Fuente: Fotografía cortesía de Luis Prato, 2016.

Así “en una y otra parte ha habido siempre los algarrobos y los hay; los de arriba desde dicha punta han poseído y poseen los indios de Atacama, y los de abajo los indios de esta parcialidad [Tarapacá] sin permitir unos ni otros en sus cosechas que siempre las han ido á coger sin que se proponen de sus linderos”.<sup>20</sup> Los límites de los tarapacás “desde la ‘punta’ hacia abajo –hacia el mar– en tanto que los segundos se asentaban hacia ‘arriba’, lo que en términos geográficos los ubica en el sector meridional del valle, ya que allí el río Loa corre de sur a norte”.<sup>21</sup> (Ver fotos 2 y 3)

Las tierras de arriba, que pertenecían a los atacamas y las tierras de abajo, que pertenecían a los tarapacás,

“las divide una lomada que hace, en la cual hay un palo muy grueso bien acepillado formado de la gentilidad en donde está una pintura, arriba de él, que en una y otra

<sup>18</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 55.

<sup>19</sup> Martínez, *Pueblos del chañar*, 124.

<sup>20</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 55.

<sup>21</sup> Martínez, *Pueblos del chañar*, 124.



parte hay algarrobos, los de abajo desde dicho lindero pertenecen á esta jurisdiccion hasta el mar, y los de arriba á la de Atacama, y en esto en los muchos años que tiene no ha visto hayga diferencia, sino que unos y otros han cogido sus cosechas sin propasarse del lindero”.<sup>22</sup>

Foto 2: Algarrobos



Fuente: Fotografía cortesía de Francisco Gallardo, 2016

Los algarrobales de los tarapacás y atacamas estaban delimitados por un “palo muy grueso bien acepillado [...] en donde está una pintura, arriba de él”; que estaba emplazada en “una lomada que hace, en la cual hay un palo grueso”. José Luis Martínez propone que los derechos de acceso de los tarapacás y atacama están delimitados “no sólo por un elemento del paisaje (una punta o loma) [Sino que también por] determinados signos demarcatorios, de carácter sagrado [...] ¿Un ‘ídolo de madera (como los llamaron los españoles), una *wak’a*, para expresarlo en términos más andinos?, ¿y esto junto a pintura parietal, a lo que hoy llamaríamos ‘arte rupestre’?”.<sup>23</sup>

A partir de información arqueológica Cecilia Sanhueza propone para Quillagua que el “palo muy grueso bien acepillado” se trata de un “dispositivo ceremonial que señalaba esta frontera, correspondiente a personajes esculpidos o labrados en troncos de algarrobo y que probablemente representan antepasados”.<sup>24</sup> Estos soportes materiales contienen la

<sup>22</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 55, destacado mío.

<sup>23</sup> Martínez, *Pueblos del chañar*, 124-125.

<sup>24</sup> Sanhueza, “Territorios, prácticas rituales”, 66.



“representación pintada de una divinidad o antepasado en su parte superior [...]. Estas figuras diseñadas para estar de pie y enterradas en su parte inferior, son muy frecuentes en sitios prehispánicos de la zona correspondiente al río Loa Inferior”.<sup>25</sup> Proponiendo entonces que el marcador que estaría arriba de la lomada sería una “columna de madera de algarrobo”,<sup>26</sup> reconociendo que la práctica de hacer columnas de madera de algarrobo, con figuras labradas y pintadas, era una práctica extensiva a otros espacios del sur andino. Los propios españoles recopilaron su existencia, como señala el jesuita Ludovico Bertonio en su *Vocabulario de la lengua aymara*, publicado en 1612: “Bertonio señala este tipo de dispositivo en los amojonamientos andinos, definiéndolo como *Achachi saattaath*: ‘columnas, palos o bolos’”.<sup>27</sup>

Foto 3: Frutos de los algarrobos



Fuente: Fotografía cortesía de Francisco Gallardo, 2016

El *Achachi saattaath* en la lomada que dividía los algarrobales de los tarapacás y atacamas no era un simple hito demarcatorio que señores étnicos de tarapacás y atacamas habían levantado para delimitar un frontera de explotación de recursos naturales. La columna de madera de algarrobo que podría haber tenido una figura tallada o bien pintura en su parte superior, constituye, iconográficamente un emblema, posiblemente, nemotécnico. Cecilia Sanhueza realiza un riguroso recorrido por el campo semántico, en lengua aymara, de *Achachi saattaath*, ya que las demarcaciones “parecen haber sido más

<sup>25</sup> Sanhueza, “Territorios, prácticas rituales”, 67.

<sup>26</sup> Sanhueza, “Territorios, prácticas rituales”, 67.

<sup>27</sup> Sanhueza, “Territorios, prácticas rituales”, 66.

abundantes en la lengua aymara, a la vez que eran más explícitas en cuanto a la relación de los deslindes con los antepasados”.<sup>28</sup> Observa que *Achachi*, refiere a “mojón”, también a “abuelo” y a “la cepa de una casa o familia”. Que *Achachi saattaath*, junto con ser “término o mojón de las tierras”, significa también “ponerle” y que *saattaath* es “enderecar o leuntar una coluna, o palo, o un bolo [trozo de palo, labrado, de forma alargada]”. Lo que le permite plantear que las columnas de madera “remitían a los antepasados, a los abuelos, a una memoria colectiva”.<sup>29</sup>

¿De qué modo, en Quillagua, tarapacás y atacamas dividieron sus algarrobales con un *Achachi saattaath*? Aunque no se cuentan con datos que permitan aclarar esta problemática, si existe un indicio documental para el oasis de Chacance, en el Loa inferior, distante cerca de 80 km. de Quillagua. En 1742, Diego Altina, de 80 años, recuerda un hecho de memoria que le transmitió, cuando era muchacho, el principal de Atacama, Francisco Laucar. Le contó que en el algarrobo grande de Chacance habían matado a su abuelo [de Altina], quién era capitán de los indios de Pica, y muerto éste, se habían repartido las tierras entre picas y atacamas.<sup>30</sup> Cecilia Sanhueza propone que se está relatando un “episodio de combate” entre los indios de Pica y los de Atacama.<sup>31</sup> Después del asesinato del “capitán” de los picas se efectuó la división del lugar, es decir, que la interacción de poblaciones indígenas de identidades, culturalmente, distintas, compartiendo un mismo espacio, no estuvo exenta de tensiones y conflictos por la defensa de sus territorios<sup>32</sup> ¿Podría pensarse el algarrobo grande de Chacance como un *Achachi saattaath*? (Ver mapa).

## EN EL VALLE DE QUILLAGUA HASTA LA BOCA DEL RÍO LOA

A partir de 1565, el valle de Quillagua integra la unidad política-administrativa del tenientazgo de Tarapacá, cuyos límites se estructuraban a partir de dos grandes bordes: la quebrada de Camarones, por el norte; y la desembocadura del río Loa, por el sur. Para administrarlo más eficientemente, el tenientazgo fue segmentado en dos unidades menores. La primera se extendía entre las quebradas de Camarones y Mamiña; y la segunda, comprendía, de norte a sur, las quebradas y valles de Pica y Guatacondo, incluyéndose espacios costeros, precordilleranos y altiplánicos. El borde meridional del tenientazgo incluía el valle de Quillagua, la boca del Loa y caleta Duendes, situada en las inmediaciones de bahía Algodonales, en las cercanías de la actual Tocopilla.<sup>33</sup> (Ver mapa)

¿Qué lugar ocupó el valle de Quillagua en la organización económica-social de Tarapacá meridional? La información colonial temprana es difusa, y permite un

<sup>28</sup> Sanhueza, “Territorios, prácticas rituales”, 66.

<sup>29</sup> Sanhueza, “Territorios, prácticas rituales”, 66.

<sup>30</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 55; Núñez, “La sociedad tarapaqueña”, 69.

<sup>31</sup> Sanhueza, Ms. “Antecedentes históricos”, 16.

<sup>32</sup> Francisco Gallardo, comunicación personal 2016.

<sup>33</sup> Guillermo Billingham, *La irrigación en Tarapacá*, (Santiago: Imprenta y Librería Ercilla, 1893), 15-16; Carolina Odone, *La territorialidad indígena y española en Tarapacá colonial (Siglos XVI – XVIII): Una proposición. Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia*, (Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994); Carolina Odone Ms., *La quebrada de Tarapacá: Los espacios y sus relaciones (Siglos XVI-XX)*, (Santiago: Universidad de Chile, *Proyecto VID SOC08/16-2*, 2011); Cabello, Gallardo y Odone, “Las pinturas costeras”, 59.



conocimiento inferencial, relacionando el valle con otros espacios, específicamente con los costeros. En 1559 Lucas Martínez Vegazo era encomendero de los indígenas de Pica. A la muerte de éste, la encomienda pasó a su mujer, María Dávalos, haciéndose referencia a “los repartimientos e yndios de Tarapaca, Pica y Loa”.<sup>34</sup> La encomienda de Pica involucraba, por una parte el litoral; y por otra, comprendía el pueblo de Guatacondo.<sup>35</sup> En el contexto de esta encomienda nada se informa sobre Quillagua. ¿Sería dable pensar que los indígenas del valle formarían parte de la encomienda de Pica y Loa? Si en el valle existían tierras aptas para el cultivo del maíz, además de pastos y forrajes para la mantención de animales, parece atinente proponer su inserción en esa encomienda.

Años más tarde, en la nueva tasa impuesta por el Virrey Francisco Toledo (1570-1575), la encomienda de Pica y Loa continúa siendo una unidad económica y social. Estaba compuesta por: “ciento y sesenta indios tributarios de Pica y Loa”.<sup>36</sup> Los que debían pagar su tributo en ropas de algodón: “Sesenta piezas de ropa de algodón a dos pesos de plata ensayada cada pieza montan ciento e veynte pesos” (*Ibidem.*). También en pescado salado y seco: “Cuarenta arrobas de pescado salado y seco a quatro tomines la arroba montan veinte pesos de la dha plata” (*Ibidem.*). Y, por último, en aves: “Ciento y quarenta y quatro aues de castilla a un tomin cada una montan diez y ocho pesos ensayados” (*Ibidem.*).

No se cuenta con información sobre la posible participación de indígenas del valle de Quillagua en actividades productivas asociadas con la tributación en aves y piezas de algodón. Sabemos que las aves están vinculadas con consumo interno o doméstico.<sup>37</sup> Y respecto de las piezas de ropa cabe preguntarse: ¿Se trae el algodón de espacios vecinos a Pica y Guatacondo?<sup>38</sup> ¿Qué participación habría tenido el valle de Quillagua y sus habitantes en esa cadena productiva?

Es la tributación en pescado seco y salado la que permite reconocer la inserción del valle de Quillagua en la organización económica colonial temprana. Ahora bien, ¿Por qué era tan importante ese recurso? Para la economía hispana el consumo de pescado y su comercialización fue prioritario dada “la cantidad de días ‘magros’ impuestos por la Iglesia y que lo convertían en alimento obligado”.<sup>39</sup> Tempranamente, el control de la pesquería fue una práctica hispana de primer orden, asociado a “la preparación del pescado seco o mediante la técnica de la salazón, pues el flujo comercial toma la dirección del interior”.<sup>40</sup> Ese *interior* podía comprender espacios tan distantes como Cuzco, Arica, Oruro y Potosí.

<sup>34</sup> Alejandro Málaga Medina, “Visita General del Perú por el Virrey D. Francisco de Toledo (1570-1575”. Versión paleográfica de Alejandro Málaga Medina, (Sucre: Ed. El Sol, 1974), 113, citado por Odone, La territorialidad indígena, 78.

<sup>35</sup> Archivo General de Indias (AGI), Justicia, 405B, f. 135v, citado por Odone, La territorialidad indígena, 79.

<sup>36</sup> Málaga Medina, “Visita General del Perú”, 116-117, citado por Odone, La territorialidad indígena, 89.

<sup>37</sup> Efraín Trelles, Lucas Martínez Vegazo: Funcionamiento de una Encomienda Peruana Inicial. *Tesis para optar al grado de Bachiller en Historia. Programa Académico de Letras y Ciencias Humanas*, (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1980), 214.

<sup>38</sup> El registro arqueológico da cuenta de la importancia, para el espacio de Guatacondo y áreas vecinas, de la “agricultura del maíz, la quinua y el algodón” (Cabello, FGallardo y Odone, “Las pinturas costeras”, 62).

<sup>39</sup> Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. El mercado interno. Regiones, espacio económico* (México: Editorial Nueva Imagen, 1983), 219.

<sup>40</sup> Assadourian, *El sistema*, 220.



Siendo central, en el circuito de circulación, que el pescado fuese secado. Señalándose además que “la pesca como tal quedó en buena medida en manos de los indios”.<sup>41</sup>

Es en la pesquería donde los españoles articularon relaciones mercantiles productivas entre la boca del Loa, el valle de Quillagua y el oasis de Pica, utilizándose mano de obra indígena para la extracción de recursos costeros, como pescado y guano, siendo los indígenas del interior los encargados de su transporte.<sup>42</sup> Lo interesante es que esa articulación hispana se asentó sobre interacciones y complementariedades culturales y sociales preexistentes que involucraba a poblaciones prehispánicas de espacios costeros situados al norte y al sur de la boca del Loa, a poblaciones del valle de Quillagua, y a las que habitaban en las quebradas de Guatacondo y Pica.<sup>43</sup>

La producción hispana de la pesquería se estructuró desde Puerto Loa, en el área de Caleta Huelén, espacio con una tradición pescadora-recolectora de larga data.<sup>44</sup> Puerto Loa correspondería al sitio CaH-14, donde se han encontrado restos que indican una ocupación colonial asociada a “una economía mixta marítima-minera, incluyendo un horno con fuertes vestigios de fundición de metales, mucha cerámica del tipo histórico-colonial”.<sup>45</sup> Ahora bien, la concentración de población indígena en Puerto Loa habría sido un proceso. Al menos, durante la segunda mitad del siglo XVI, no fue un asentamiento con características de un pueblo al modo hispano, es decir un espacio físico nucleado, aunque se reconoce que el asentamiento estaba situado “en la banda Norte de la desembocadura”.<sup>46</sup>

<sup>41</sup> Assadourian, *El sistema*, 220-221. Pioneros han sido los trabajos de Cecilia Sanhueza sobre la arriería colonial en Atacama, su vinculación y continuidades con el tráfico caravanero de trazas prehispánicas. Para mayor profundización ver de la autora, *Orígenes y desarrollo de la arriería colonial en Atacama. Siglos XVI-XVIII. Tesis de Licenciatura en Historia*, (Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991). Y de la misma autora, “Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI” *Estudios Atacameños* N° 10 (1992): 169-182.

<sup>42</sup> Odone, La territorialidad indígena; Cabello, Gallardo y Odone, “Las pinturas costeras”, 59-60.

<sup>43</sup> Cabello, Gallardo y Odone, “Las pinturas costeras”, 2013.

<sup>44</sup> Lautaro Núñez, “Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el Norte de Chile”, *Boletín de la Universidad de Chile* 112 (1971): 3-25.

<sup>45</sup> Oscar Bermúdez, “La población indígena de la doctrina de Pica. Segunda mitad del siglo XVIII”, *Chungara* 6 (1980): 180.

<sup>46</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 181. A mediados del siglo XVII, Puerto Loa es anexo eclesiástico de la parroquia de Pica, que era doctrina mayor (Odone, La territorialidad indígena, 59-60). Considerado una caleta “habitada por indios pescadores y algunos españoles”, existiendo una capilla en el margen norte de la desembocadura (Guillermo Billinghurst, *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*, (Santiago: Imprenta de El Progreso, 1886), citado por Bermúdez, “La población indígena”, 181; Oscar Bermúdez, *Orígenes históricos de Antofagasta*, (Santiago: Editorial Universitaria, 1966), 17). En el siglo XVIII es mencionado como pueblo de Nuestra Señora de la Purificación en las pesquerías de la Costa, contando con capilla y la imagen de la Virgen del Rosario (Víctor M., Barriga, *Memorias para la Historia de Arequipa*, Tomo II, (Arequipa: Editorial La Colmena, 1941), 29; Antonio O’Brien, “Descripción del partido de Tarapacá”, Oscar, Bermúdez (editor), *Estudios de Antonio O’Brien sobre Tarapacá. Cartografía y labores administrativas 1763-1771*, (Antofagasta: Editorial Universitaria, 1975), f. 13r; Bermúdez, “La población indígena”, 183). Se dice que la población indígena es escasa, observándose su movilidad a otros espacios costeros, como Cobija. Reconociéndose procesos de despoblamiento, sobre todo a fines del siglo XVIII (Sanhueza, Ms. “Antecedentes históricos”, 33). Imagen que es reforzada al señalarse, para 1825, que Puerto Loa “no era más que una rada y con el agua del río Loa tan salada que no se puede beber” (Francisco O’Connor, s/f. *Independencia de América*. Recuerdos de Francisco Burdett O’Connor, Coronel del Ejército Libertador de Colombia y General de División de los de Perú y Bolivia. Lo publica su nieto Francisco, O’Connor D’Arlach, (s/f), 181, citado por Bermúdez, “La población indígena”, 183).



En Puerto Loa se organizó a las gentes sujetas a la encomienda de Pica y Loa para efectuar actividades de pesca y transporte de recursos: “quince yndios camanchacas del puerto de Loa que pagan su tributo en pescado y aunque están en dicho puerto otros cinco que se sacaron del pueblo de Piza del aylo Arasaya para chasques”.<sup>47</sup> Claramente era población costera la encargada de la extracción de recursos. Y la circulación del pescado, seco y salado, era responsabilidad de los indígenas del interior, en este caso *chasques* del pueblo de Pica del *ayllo Arasaya*, asentados en Puerto Loa, exclusivamente, para tareas de carga y transporte.

En el siglo XVII, la tributación en recursos marinos, particularmente pescado, en Puerto Loa, mantuvo su vigencia: “quedan en los dos repartimientos de Piza [Pica] y Tarapacá nouenta y siete tributarios = en el de Piza 96 en que están incluso quince yndios camanchacas del puerto de Loa que pagan su tributo en pescado”.<sup>48</sup>

Puerto Loa requería de espacios cercanos para reforzar o complementar las actividades extractivas. Si la pesquería necesitaba de actividades agrícolas y ganaderas que pudiesen sustentarla, el valle de Quillagua tenía todas las condiciones para suplementar esas actividades extractivas. Esta relación de complementación se habría intensificado, a comienzos del siglo XVII, posiblemente asociada con transformaciones en torno a la encomienda de Loa, ya que en 1613 se encontraba vacante, siendo los indígenas entregados nuevamente a la corona, y distribuidos entre particulares denominados pensionarios o arrendadores. Los indígenas mantuvieron su categoría de tributarios, pero debían pagar parte de su tributo a sus pensionarios o arrendadores. Y la otra parte, la entregaban directamente al corregidor y éste los remitía a las Cajas Reales.<sup>49</sup>

Un aspecto importante es que “los arrendatarios no se limitaban a cobrar los tributos, sino que obligaban a los naturales a trabajar para ellos en la extracción del guano, la pesca y el secado de peces”.<sup>50</sup> Hacia fines del siglo XVII, el arrendatario de Loa era Juan Ramírez de los Ríos.<sup>51</sup> Su mayordomo, el capitán Juan de Zagarra o Zegarra declaraba en 1742 que él, en el valle de Quillagua estuvo “cuidando todos los ganados que en él tenía [se refiere a Juan Ramírez de los Ríos]”.<sup>52</sup> Lo que permite sugerir que la mantención de ganado estaría en relación directa con actividades pesqueras y extractivas que se efectuaban, no sólo en Puerto Loa, sino que en espacios situados más al sur: “en la pezquería de Mamilla [...] haciendo pezcarr por orden de dicho arrendatario más tiempo de seis meses”.<sup>53</sup> Ello permite plantear que existiría una vinculación entre Quillagua- Puerto Loa-Mamilla, siendo ésta última una caleta y quebrada que contaba con algarrobos, molles, tierras y agua, que permitían la mantención de ganados, además de recursos que sustentaban a los que trabajaban en las actividades extractivas de recursos marinos<sup>54</sup> (Ver mapa ).

La vinculación Quillagua-Puerto Loa-Mamilla estaría totalmente formalizada en el siglo XVIII. Existía una autoridad española en el litoral, el portero del Loa, que controlaba

<sup>47</sup> AGI, Charcas 21, f. 1r, citado por Odone, La territorialidad indígena, 90, destacado mío.

<sup>48</sup> Odone, La territorialidad indígena, 90, destacado mío.

<sup>49</sup> Sergio Villalobos, *La economía de un desierto. Tarapacá durante la colonia*, (Santiago: Editorial Universitaria, 1979), 45-46; Odone, La territorialidad indígena, 79-81.

<sup>50</sup> Villalobos, *La economía*, 48.

<sup>51</sup> Villalobos, *La economía*, 48.

<sup>52</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 56.

<sup>53</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 56.

<sup>54</sup> Villalobos, *La economía*, 63.



la extracción. Cabe la pregunta si el portero del Loa era pensionario o arrendador. En todo caso, su función le permitía desplazarse por el litoral, junto a “todos sus pescadores”, llegando incluso hasta las cercanías de Tocopilla.<sup>55</sup> Siendo central la existencia de pastos, en el valle de Quillagua, para la mantención de ganado, sobre todo mular, directamente relacionado con el transporte de pescado al interior.<sup>56</sup> Un dato que no es menor es que: “en dicho Valle de Quillagua, por haberlo visto, tenían Pedro de los Rios, Juan de Los Rios, Alonzo y Francisco todos sus ganados de mulas, vacas y ganado de cerda, en cuya posesion estuvieron muchos años”.<sup>57</sup> Lo que sugiere que existirían otros españoles vinculados con actividades que se realizaban en la costa.

Si el pescado seco y salado era un producto de alta estima en el contexto del mercado hispano colonial se sugiere que éste habría sido transportado hacia diversos mercados de consumo. Por una parte, al asiento minero de Guantajaya, en las cercanías del puerto de Iquique; por otra parte, al importante mercado del ámbito potosino. También habría sido utilizado para abastecer enclaves mineros cercanos, como el de La Paiquina, situado al norte de la desembocadura y explotado de forma intensiva en las últimas décadas del siglo XVIII.<sup>58</sup> A su vez, es casi probable que también hubiese sido transportado al pueblo de San Andrés de Pica, nudo central del poderío y asentamiento colonial de Tarapacá meridional, vía el pueblo de San Salvador de Guatacondo.<sup>59</sup> Considerando que existían dos rutas que conectaban la boca del Loa con la quebrada de Guatacondo. Una de ellas, partiendo desde Puerto Loa con rumbo a La Paiquina, “huella que se interna directamente hacia el salar de Llamara y Monte de La Soledad”,<sup>60</sup> conectando con el Puquio de los Guatacondinos, ascendiendo hasta las aguadas de Molle Verde, en dirección a la quebrada de Guatacondo.<sup>61</sup> La segunda ruta es la que unía Puerto Loa con la quebrada de Guatacondo, vía el valle de Quillagua, pasando por la aguada de Mani (Ver mapa).

## LAS TIERRAS DEL VALLE DE QUILLAGUA

Paralelo al desarrollo de las pesquerías, al modo hispano, se lleva a cabo una ocupación más sistemática del valle, la que se detecta en documentos por peticiones de tierras o *fanegadas de tierras*.<sup>62</sup> La mayoría de ellas las efectúan españoles asentados en Pica y Guatacondo, incluso en espacios más distantes como el pueblo de San Lorenzo de Tarapacá. Los títulos de tierras no son inmediatamente entregados, lo que plantea que las tierras de Quillagua tendrían la categoría de tierras realengas, es decir, sobre las que no funcionaba “el principio de uso común de aguas y pastos”.<sup>63</sup> Esto significa que, si no se

<sup>55</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 56.

<sup>56</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 56.; Villalobos, *La economía*, 63.

<sup>57</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 55.

<sup>58</sup> Luis Risopatrón, *Diccionario Geográfico de Chile*, (Santiago: Imprenta Universitaria, 1924).

<sup>59</sup> Odone, *La territorialidad indígena*, 50.

<sup>60</sup> Cabello, Gallardo y Odone, “Las pinturas costeras”, 63.

<sup>61</sup> Cabello, Gallardo y Odone, “Las pinturas costeras”, 60-61.

<sup>62</sup> Se entiende que “una fanegada y media de superficie equivale casi exactamente a una hectárea” (Villalobos, *La economía* 74).

<sup>63</sup> Villalobos, *La economía*, 92.



cuenta con el título de tierras y, por ende, con el derecho de acceso a agua, igualmente se ocupan, pero para mantención de ganado.<sup>64</sup>

*Sacar el agua* es uno de los mayores desafíos para los que solicitan tierras para cultivarlas con alfalfa y trigo. Se observan esfuerzos infructuosos para irrigarlas, siendo interesante reconocer que allí se requería de una agricultura que algunos españoles no lograron solventar<sup>65</sup>. Pero también están los que sí lo lograron, como la iglesia de San Lorenzo de Tarapacá o la hacienda de Joseph Vicentelo, que poseían *tierras de alfalfa*.<sup>66</sup> Se reconoce que algunas solicitudes de tierras, sobre todo en la década de 1740, están promovidas por vecinos del pueblo de Guatacondo aduciéndose que ellos viven tiempos de sequía.<sup>67</sup>

A su vez, el tipo de producción y concentración de tierras en manos de un número acotado de españoles, refiere más bien a “una economía modesta, que gira con escasez de circulante y donde los capitales, muy restringidos, se encuentran en pocas manos”.<sup>68</sup> Para las últimas décadas del siglo XVIII, existen varias escrituras de venta que expresan ese tipo de tenencia de tierras.<sup>69</sup>

Mención especial requiere la alfalfa ya que, en valles interiores del espacio tarapaqueño, es considerada el “principal producto de consumo para la reproducción material de los mulares”.<sup>70</sup> Pareciera entonces plausible pensar que, a partir del siglo XVIII, los españoles procedentes de los pueblos de San Lorenzo de Tarapacá, Pica y Guatacondo, adquirieron tierras en el valle para plantar alfalfa, orientándolo en tanto espacio de engorda, mantención y reproducción de ganado mular, entre otros.<sup>71</sup>

Entonces, desde un punto de vista hispano, se puede pensar que el valle fue organizado, productivamente, como un enclave para complementar procesos productivos y satisfacer demandas alimentarias de espacios situados fuera de Quillagua. Ya se ha mencionado que el valle era parte de la cadena operatoria de actividades de pesquerías de la costa, administrativamente, concentradas y dirigidas desde Puerto Loa por españoles avecindados en Quillagua, teniendo animales para transportar los recursos costeros. Pero también el valle, a lo largo del siglo XVIII, formó parte de otra cadena operatoria, la del arrieraje de ganado destinado a espacios mineros regionales, como Guantajaya. El valle fue central para las tropas de animales de carga, especialmente, mulas de procedencia argentina que, luego de “recorrer el Despoblado de Atacama se detenían en los alfalfares de Quillagua antes de internarse en Pampa del Tamarugal y la Cordillera de la Costa, hasta alcanzar Huantajaya”.<sup>72</sup> El arrieraje argentino tenía una particularidad: “se especializó en el arreo de animales para el consumo y el uso, vacunos y mulares respectivamente”.<sup>73</sup> Lo que

<sup>64</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 53-55.

<sup>65</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 53-55.

<sup>66</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 177.

<sup>67</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 54.

<sup>68</sup> Villalobos, *La economía*, 83.

<sup>69</sup> Villalobos, *La economía*, 83.

<sup>70</sup> Sergio González, “El arrieraje de Tarapacá durante el ciclo salitrero” *Camanchaca* N° 8 (1989): 31.

<sup>71</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 55.

<sup>72</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 178.

<sup>73</sup> González, “El arrieraje”, 14.



permite pensar que el ganado que pastaría en Quillagua podría ser utilizado, en Guantajaya, como producto de consumo interno ya sea como carne fresca y/o *charqui*.<sup>74</sup>

¿Y la población nativa de Quillagua? Se desconoce la cantidad de habitantes originarios viviendo en el valle de Quillagua, lugar donde en 1620 se había edificado una iglesia<sup>75</sup>, y a comienzos del siglo XVIII estaba advocada a San Miguel Arcángel.<sup>76</sup> Se propone que junto al trabajo en las pesquerías de la costa y sus actividades asociadas, la población nativa habría sido integrada a tareas relacionadas con la producción agrícola, reconociéndose que para fines del siglo XVIII, naturales de las quebradas de Mani y Quillagua se desplazaban a espacios del litoral “para proveerse de guano transportado a lomo de llamo”.<sup>77</sup> Se sugiere que los españoles habrían utilizado guano de la costa para la producción de trigo y alfalfa, en un espacio que presenta dificultades para su cultivo, tanto por las características del suelo como del agua, siendo “especies tolerantes a condiciones áridas”.<sup>78</sup>

En este contexto es significativo que, para 1764, se informe de un proceso de reducción de población originaria del pueblo de Guatacondo y quebradas vecinas, al valle de Quillagua. En la actual investigación, se desconoce el protocolo que se habría seguido para cumplir con las indicaciones del Virrey Amat (1761-1776). Ni tampoco se cuenta con información que permita reconocer de qué lugares, cercanos al pueblo de Guatacondo, se tratarían.<sup>79</sup>

De acuerdo al documento se ordena que: “se reduzcan los indios á población para que así gozen del beneficio espiritual y temporal, del que carecen estando divididos y dispersos por sierras y montes, y con reflexion á lo que asienta el cura de San Andrés de Pica, en su carta”.<sup>80</sup> Señalándose que debido a: “las incomodidades que padecen los indios del pueblo de Guatacondo, hallándose por esta razón doscientas veinte y nueve personas en quebradas incógnitas, careciendo de todo pasto espiritual y del Comercio racional, por lo que sería conveniente se redujesen á población en el parage de Quillagua abundante de tierras y agua”.<sup>81</sup> Se sugiere que esta orden de reducción habría significado una diáspora forzosa de poblaciones indígenas del valle de Guatacondo y sus inmediaciones, al valle de Quillagua. Por el tenor del documento es posible inferir que las razones de traslado de indígenas se asocian a la necesidad de que estén bajo un mayor control espiritual, en este caso del párroco de Pica, doctrina o iglesia mayor de Tarapacá meridional. A su vez, se piensa que para el orden colonial era demasiado peligroso que indígenas siguiesen viviendo dispersos, lejos de la órbita del control eclesiástico, desarrollando actividades económicas fuera de los modos hispanos de inserción indígena de mano obra.

<sup>74</sup> La relación de Quillagua con el mercado de Guantajaya se mantendría hasta fines del siglo XVIII, momento en que se observa la declinación de su producción.

<sup>75</sup> Oscar Bermúdez levanta este dato del Libro de inventarios y asuntos diversos de la Parroquia de San Lorenzo de Tarapacá (Archivo del Obispado de Iquique).

<sup>76</sup> Odone, La territorialidad, 61.

<sup>77</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 153.

<sup>78</sup> Oscar Robles, Factores limitantes en el suelo para el desarrollo de la vegetación en el valle de Quillagua. Región de Antofagasta, Chile. *Seminario de Grado*, (Santiago: Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2010), 53.

<sup>79</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 57.

<sup>80</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 57.

<sup>81</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 57.



## TIEMPOS DE CONTINUIDADES Y TRANSFORMACIONES

A comienzos del siglo XIX, en 1804, en el valle se vivió un acontecimiento infausto, una epidemia que debió acarrear consecuencias para su población, como la que había ocurrido en 1717<sup>82</sup>. Por esos años, el pueblo “estaba formado por una sola calle de chozas construidas con esteras vegetales, barro y palos de algarrobo”<sup>83</sup> En 1869 mantenía “una calle larga que corre de Naciente a Poniente y se decía que esta calle era la línea divisoria entre el Alto y el Bajo Perú”.<sup>84</sup> En Quillagua ya estaban presentes las familias “Copa, Mamani, Hilarico y Chacana [...]” junto a los “Vicentelo, Soza, Zegarra, Paniagua, Hoyos, Sollarzo y Chavez”<sup>85</sup> (Ver foto 4).

Foto 4: Vista de la calle larga



Fuente: Fotografía cortesía de Luis Prato, 2016

Hacia fines de la década de 1870 Quillagua es descrito como un “lugarito de 77 habitantes, cerca del Loa”,<sup>86</sup> existiendo en su paisaje un algarrobo que constituía el hito demarcatorio entre Perú y Bolivia: “cerca de dos quilómetros [un poco más de una milla] al

<sup>82</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 178.

<sup>83</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 178.

<sup>84</sup> Francisco O’Connor, s/f. *Independencia de América*, citado por Bermúdez, “La población indígena”, 178.

<sup>85</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 178.

<sup>86</sup> Oficina Hidrográfica de Chile, *Jeografía náutica i derrotero de las costas del Perú*, (Santiago: Imprenta Nacional, 1879), 17.



Sur de la Iglesia de Quillagua y en la márgen izquierda del río Loa se halla un lugar llamado la parte ó la otra banda, donde hay un algarrobo poco coposo, conocido con el nombre de Arbol de la Raya [el que pude ver personalmente en una escurcion que hice espresamente] y que segun todos los vecinos del lugar sirve de Mojon de la línea divisoria entre el Perú y Bolivia”.<sup>87</sup>

Reconociendo al lenguaje como soporte de memoria, Quillagua “sería un vocablo de origen *pukina*, compuesto de *quilla*, ‘dividir’, y *huasa*, ‘abajo’, pero también, en *pukina*, el gerundio tiene por índice *hua*, de modo que, combinada con *Quyllan*, del mismo origen y que significa suspirar, se podría traducir como ‘suspirando’. Como declinación y también en *pukina*, *hua* fue traducido como ‘por’ y ‘en’. De acuerdo con el *Uro* de Polo, *hua* significa ‘árbol’”<sup>88</sup>. Complejizando la problemática, Cecilia Sanhueza plantea que en quechua “el prefijo o sufijo ‘*huac*’”, significaría “*aparte, o a otra parte o a la otra banda*”.<sup>89</sup>

El *árbol de la Raya* era hito demarcatorio, y una señal que los vecinos del lugar reconocían como tal, lo que ha permitido plantear “la continuidad de una memoria territorial originada en prácticas políticas indígenas”.<sup>90</sup> La expresión *segun todos los vecinos* sugiere que sigue viva o activa la memoria social sobre a quién pertenecen las tierras de *la parte ó la otra banda*; y dónde está su deslinde. Conteniendo contenidos que evocan procesos históricos y negociaciones políticas que arrancan de muy atrás, los que habrían sido transmitidos por los habitantes del lugar, no se sabe cómo, a través de generaciones.

Otro elemento de continuidad significativo es la percepción de que el valle sigue siendo *crucero de diversos caminos*, uno de los caminos era “el que va hasta la embocadura del río Loa siguiendo su ribera norte i el que une a aquel punto con Tocopilla”<sup>91</sup>. Siendo la ruta que indígenas de Mani y Quillagua usan para buscar guano para sus tierras, además de pescado seco y mariscos, intercambiados por cuero de llamos, maíz, junto a otros bienes, transportados a lomo de llamos.<sup>92</sup> Esta información plantea confluencias entre registros arqueológicos, coloniales y los de tiempos históricos respecto de la permanencia, entre los habitantes de Quillagua, de modos de vida arrieros, cultivadores y ganaderos o crianceros. El cultivo del maíz conserva su vigencia, requiriéndose guano de espacios cercanos a la boca del Loa, para fertilizar tierras y cultivos, junto con la obtención de pescado seco y mariscos.

Sus habitantes mantienen patrones de acceso a recursos focalizados, complementando dietas alimentarias y estableciendo relaciones sociales. Continuidad que

<sup>87</sup> Paz Soldán, *Verdaderos límites*, 70, destacado mío.

<sup>88</sup> Victoria, Castro, *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad de Chile Facultad de Ciencias Sociales, 2009), 182-183.

<sup>89</sup> Diego González Holguin, *Vocabulario de la lengua general de todo el Peru llamada lengua Qquichua*. (Lima: Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1952, 1989 [1608]) 164, citado por Sanhueza, Ms. “Antecedentes históricos”, 33.

<sup>90</sup> Sanhueza, “Territorios, prácticas rituales”, 66.

<sup>91</sup> Oficina Hidrográfica de Chile, *Jeografía náutica*, 17; Academia Chilena de la Historia, *Boletín de la Guerra del Pacífico*, Tomo 6, (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979 [1879-1881]), 115; Alejandro Bertrand, *Departamento de Tarapacá. Aspecto Jeneral del terreno, su clima i su producción*, (Santiago: Imprenta de la República, 1879), 17.

<sup>92</sup> Bermúdez, “La población indígena”, 153, 178.



se comprende a la luz de saberes y haceres propios de la práctica de la arriería, transmitidos a través de generaciones. Destacando el conocimiento de cómo las tropas de animales tenían que trasponer, en seis o siete días, los cerca de 200 km. de ruta a la boca del Loa. Los arrieros salían muy temprano, rumbo a Punta Blanca, a fin de cruzar el río, pasando por Mal Paso y La Poroma. A unos 7 km., de ellos se encontraba Ancachi, allí la ruta subía por la quebrada, tomaba el margen sur del río, y transitaba por la pampa de La Angostura. Cabe la pregunta si ese punto correspondería a los Cerros de La Angostura que “se levantan a 1405 m de altitud, en la márjen W del curso inferior del cajón del Loa, hácia el NW del sembrío de Quillagua”.<sup>93</sup>

Se seguía a Piedra Grande y desde allí, cerca de las 18 hrs., se llegaba a Calate, caserío “pequeño i se halla en la boca de una quebrada o cauce de un exiguo arroyo que muere en la márjen N del curso inferior del rio Loa, donde se ensancha i forma vado, al SW del salar de Llamara”.<sup>94</sup> También se denominaba “corta Quebrada de Cuacua o Amarga, que le cae al río Loa, en el punto denominado Calate”.<sup>95</sup> Los arrieros la llamaban el *río Salmuera*. En Calate se descansaba y se hacía noche, aprovechando matorrales de chilca o *pillaya* para pernoctar en su interior.<sup>96</sup> Calate era “alojamiento obligado de los viajeros que transitan entre el caserío de Quillagua y la costa, que, por lo general, son los vecinos del propio caserío, los cuales, con sus arrias de burros, van en busca de guano para fertilizar los terrenos en que se produce alfalfa, maíces, etc.”.<sup>97</sup> El segundo día se iniciaba temprano. Desde Calate se cruzaba el río, para trasponer a su margen norte, tomando dirección a la pampa. En el trayecto se recogían costrones de sal que se utilizarían en la costa. Se llegaba a un punto que los arrieros llamaban El Ocho, donde había una cruz de madera muy visible y un enterramiento antiguo: “se encuentra completamente vestido con plumas [...] y todos los arrieros le hacemos una venía con la mano en señal de amistad”.<sup>98</sup> Cerca de las 16 hrs., se alcanzaba la boca; antes, a cinco horas de ella, en La Mina, se dejaba pasto para los animales, aprovechando de descansar ya que la ruta, hasta la boca, descendía por un sendero estrecho y en *zig-zag*, siendo lenta y dificultosa la marcha<sup>99</sup> (Ver mapa).

El tercer y cuarto día los hombres recorrían el litoral, particularmente los parajes Guanillito y Guanera de los Guatacondinos, al sur de la boca, preferidos para recolectar guano, utilizándose picotas para soltar las costras de guano que cubrían las rocas. Los animales de carga se encerraban en cercos antiguos, y se les daba de beber y pasturas. Se mariscaba y pescaba, aunque sólo peces eran llevados a Quillagua, para consumo doméstico. Para su transporte, les extraían las vísceras, se los cubría con sal traída de la pampa. Y eran envueltos en sacos o costales muy mojados para mantenerse en buenas condiciones para el retorno.<sup>100</sup> El cuarto día se regresaba, las tropas iban cargadas con sacos de guano y pescado salado, por lo que la ascensión era lenta. Llegando a La Mina se descansaba, los animales comían el pasto que se había dejado y se hacía noche. El quinto día, cerca del mediodía, se recalaba en Calate. Como había que cuidar que el viaje no se

<sup>93</sup> Risopatrón, *Diccionario Geografico*, 35.

<sup>94</sup> Risopatrón, *Diccionario Geografico*, 117.

<sup>95</sup> Benjamín García Gorroño, “Descripción geográfica de la provincia de Tarapacá”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* Tomo LXXVI Nº 83 (1934), 53.

<sup>96</sup> Claudio Castellón Ms., *Los últimos arrieros de Quillagua* (María Elena: Museo de María Elena, s/f), 2.

<sup>97</sup> García Gorroño, “Descripción geográfica”, 53.

<sup>98</sup> Palabras del arriero Benigno Soza citadas por Castellón Ms., *Los últimos arrieros*, 2.

<sup>99</sup> Castellón, Ms., *Los últimos arrieros*, 1-2.

<sup>100</sup> Castellón, Ms., *Los últimos arrieros*, 1-2.



hiciese con bajas temperaturas y vientos fuertes, se esperaban varias horas antes de iniciar el retorno, arribando a Quillagua el sexto o bien el séptimo día, dependiendo de las condiciones climáticas<sup>101</sup> (Ver mapa).

Quillagua seguía vinculada con Guatacondo a través de la ruta tropera que, procedente de esa quebrada, llegaba al valle. Ese antiguo camino descendía desde Guatacondo, para atravesar la pampa y en el paraje Monte o Bosque de La Soledad, en el norte del Salar de Llamara, se abría en dos senderos. Uno seguía a Quillagua, a orillas del Loa; y otro conducía a la costa. En el paraje Bosque o Monte de La Soledad se cruzaban otros caminos que, viniendo de Cumiñalla, situado en las cercanías del oasis de Matilla, en la quebrada de Quisma, “a corta distancia hacía el SW del caserío de Pica”, se dirigía a la localidad de Quillagua.<sup>102</sup> Esa ruta, desde Monte de La Soledad, recorría “la arena y cascajo, por dentro y por fuera de quebradas secas”.<sup>103</sup> Y se internaba en el valle de Quillagua, por el punto de Calate. Existía otra ruta tropera que la comunicaba con Guatacondo, que partiendo de ese punto llegaba a Quillagua, pasando por la aguada de Mani. Era muy traficada por habitantes de caseríos cercanos a Guatacondo, como Tiquima, Tamentica; junto a los de Mani, en su mayoría, arrieros, que efectuaban viajes en mulas cargadas de hortalizas, pasto y frutas, para abastecer a gentes que habitaban en Quillagua, y espacios costeros del norte de la boca del Loa<sup>104</sup> (Ver mapa).

También desde Quillagua se podía llegar a Calama por un camino apto para “traficar carretas a media carga (20 a 25 quintales de 46 kilogramos) i tiradas por 4 mulas”.<sup>105</sup> Y desde Quillagua, “saliendo por el despoblado en línea recta hacía Calama, se encuentra la aguada de Chucchuc, que dista 16 leguas de Quillagua i 14 de Calama”.<sup>106</sup>

A fines del siglo XIX destacaban la producción de alfalfa y la cosecha de los algarrobales: “producen cerca de 400 kilogramos de fruto, cada cosecha. En ese lado del valle, hay 26 cercos que producen alfalfa, la cual da hasta cinco cortes en el año”.<sup>107</sup> Sus habitantes practican la recolección de sus algarrobales, cultivan verduras, alfalfa, y choclos, “que aunque pequeños, [...] son de un exquisito sabor; también se ocupan en la fabricación de carbón de molle (*Shinus molle* L.) y de tamarugos, árboles, estos últimos, que se encuentran enterrados en la pampa del Tamarugal [...]; como asimismo se dedican al transporte de frutas que traen desde Pica, artículos, todos ellos, que llevan para su venta a las salitreras del Toco”.<sup>108</sup>

El cantón El Toco era un distrito salitral estructurado en la década de 1890, aunque con claras evidencias de explotación desde la década de 1860.<sup>109</sup> Quillagua, dada su

<sup>101</sup> Castellón, Ms., *Los últimos arrieros*, 1-2.

<sup>102</sup> Risopatrón, *Diccionario Geográfico*, 536.

<sup>103</sup> Isaiah Bowman, *Los senderos del Desierto de Atacama* (Santiago : Imprenta Universitaria, 1942 [1924]), 259.

<sup>104</sup> Cabello, Gallardo y Odone, “Las pinturas costeras”, 50, 60, 61.

<sup>105</sup> Academia Chilena de la Historia, *Boletín*, 115.

<sup>106</sup> Oficina Hidrográfica de Chile, *Jeografía náutica*, 18, destacado del autor.

<sup>107</sup> Billingham, *Estudio sobre la geografía*, 60 citado por Javier Carmona, Genealogía de un ocaso agrícola. Estructura agraria y reetnificación en el valle de Quillagua. Desierto de Atacama, II región de Antofagasta, Chile. *Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología y para obtener el título de Antropólogo* (Santiago: Escuela de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2013), 106.

<sup>108</sup> García Gorroño, “Descripción geográfica”, 56.

<sup>109</sup> Los límites geográfico-administrativos del cantón eran Pampa Negra, por el norte; el Llano de la Paciencia, por el sur; y en su borde oriental, el río Loa. Internamente contenía tres espacios de explotación y producción, cada uno con sus oficinas salitreras. Estas áreas eran: la de costa o pampa; la del Loa/margen poniente; y la



cercanía con aquel, surtía a sus oficinas con recursos, siendo singular que ese abastecimiento funcionase en una doble dirección. Eran hortalizas, carbón y pastos los que se transportaban en tropas de animales. Y al mismo tiempo, desde ella, arrieros procedentes de Pica, Matilla y Guatacondo, utilizaban el valle como lugar de descanso, pastaje de sus animales, además de aprovechar la estadía para poner también parte de sus productos.<sup>110</sup> Importante fue relación de aprovisionamiento con las oficinas Rica Ventura, San Andrés, Iberia, Gruta, entre otras, existiendo un buen camino que las unía con el pueblo de Quillagua.<sup>111</sup> Pero no solamente los arrieros utilizaban al valle como lugar de descanso y comercio, a ella llegaban también los animales de las oficinas salitreras.<sup>112</sup>

Estos fueron los años de trazados ferroviarios, como el Ferrocarril Toco-Tocopilla, éste, punto de embarque de la producción salitral del cantón. La línea comenzó a construirse en 1888; llegando uno de sus ramales, en 1890, a la oficina de Santa Fe, 30 km., al sur de Quillagua.<sup>113</sup> La línea férrea llegaría al pueblo de Quillagua, a fines del siglo XIX y comienzos del XX.<sup>114</sup> Esos ramales confluyeron en el Ferrocarril Longitudinal Norte, y el pueblo-estación de Quillagua formó parte del sector Longino Norte sección Toco, a comienzos de la década de 1910<sup>115</sup> (Ver fotos 5 y 6).

Quillagua es vista como un *muy corto caserío*, que cuenta con servicio de *telégrafo*.<sup>116</sup> Con amplios “alfalfares que dan hasta 5 cortes en el año i abundantes algarrobos, que producen hasta 450 kilogramos de frutos, en cada cosecha”.<sup>117</sup> Entre 1907 y 1920 se mantenía la descripción de un *corto caserío* “de 114 habitantes a 229 habitantes”, ocurriendo migraciones de familias procedentes de las quebradas de Guatacondo, Quehuita, Chitigua y Pica.<sup>118</sup> Sus habitantes se dedicaban a la producción de alfalfa, “a la cual dan hasta 4 cortes en el año”, a la siembra de maíz, verduras y cosecha de algarrobos,<sup>119</sup> aunque el terremoto de 1878 “destruyó parcialmente los canales”.<sup>120</sup> Se hacían viajes a la costa en busca de guano para fertilizar los terrenos, ruta ocasionalmente transitada por pobladores de la boca del Loa que “conocían las distancias según los días de camino: un día de viaje equivalía a veinte millas más o menos. Estaban acostumbrados a hacer viajes a Quillagua para cambiar pescados y almejas por té y trigo”.<sup>121</sup>

---

del Loa/margen oriente (Adriana Capaldo, Diego Damm y Carolina Odone, “Sobre el habitar la pampa del Toco (1890-1920)”, *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos* Vol. X Número 2 (2010), 186).

<sup>110</sup> Patricio Díaz, P., 2005. *La industria del salitre contada por el yodo 1811-2004* (Antofagasta: Emelnor, 2005), 314 citado por Capaldo, Damm y Odone, “Sobre el habitar”, 186); González, “El arrieraje”, 28-31.

<sup>111</sup> Charles, Rees, *Informe final de Patrimonio Cultural, Proyecto Cambio Tecnológico María Elena, SQM Nitratos*, (Santiago: PRAMAR ambiental consultores, 2007), 110.

<sup>112</sup> Carmona, *Genealogía de un ocaso*, 121.

<sup>113</sup> Isaac Arce, *Narraciones históricas de Antofagasta*, (Santiago: W. T. Uriarte Impresores, 1930), 388 citado por Rees., *Informe final*, 110.

<sup>114</sup> Enrique, Espinoza, *Geografía descriptiva de la República de Chile*, (Santiago: Imprenta i litografía i encuadernación Barcelona, 1903), 111 citado Rees., *Informe final*, 111.

<sup>115</sup> Rees., *Informe final*, 111.

<sup>116</sup> Risopatrón, *Diccionario Geográfico*, 735.

<sup>117</sup> Risopatrón, *Diccionario Geográfico*, 735.

<sup>118</sup> Carmona, *Genealogía de un ocaso*, 114.

<sup>119</sup> García Gorroño, “Descripción geográfica”, 55.

<sup>120</sup> William Rudolph, “El Loa”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* Vol 59 N° 63 (1928): 69.

<sup>121</sup> Rudolph, “El Loa”, 72; García Gorroño, “Descripción geográfica”, 54.



Foto 5: Estación Quillagua



Fotografía de Carolina Odone, 1992

A fines de la década de 1920 el agua a Quillagua llegaba por ferrocarril.<sup>122</sup> Ya se están viviendo las consecuencias del intenso uso de las aguas del Loa en las faenas mineras de oficinas cercanas.<sup>123</sup> El valle, hasta por lo menos la década de 1930, mirará a las oficinas salitreras circundantes, las que requerían de sus productos, como el maíz, ingrediente central de la cocina y dieta de familias y hombres que trabajaban en la pampa. Otras de las producciones agrícolas, directamente, asociadas con las oficinas, era la alfalfa, llevada como forraje o bien destinada al consumo de animales mulares que permanecían en Quillagua para mantención. Estas décadas fueron años de prosperidad; las familias cultivaban para uso doméstico y comercialización, economías familiares que se complementaban con prácticas ganaderas y arrieras.<sup>124</sup>

A mediados de los años de 1930, el valle vivirá el ciclo productivo de la alfalfa, transformación relacionada con la crisis mundial del 29' y crisis salitrera de los años 30'. En esa coyuntura crítica, el valle aumentó su producción abasteciendo a oficinas que reanudaron sus faenas como María Elena, y a las ciudades de Iquique, Tocopilla y Antofagasta. Pero ello en el contexto de cambios en los modos de producción, pues junto a pequeños productores, algunos sin maquinaria para las tareas de cortar, enfardar y pesar la alfalfa, se instalarán empresarios *agrícolas de pasto* de producción mecanizada, dirigida a Antofagasta, particularmente al Club Hípico, y a las Fuerzas Armadas y Carabineros.

<sup>122</sup> Rudolph, "El Loa", 74.

<sup>123</sup> Gerardo Melcher, *El norte de Chile, su gente, desiertos y volcanes*, (Santiago: Editorial Universitaria, 2004), 56 citado por Rees., *Informe final*, 120.

<sup>124</sup> Carmona, *Genealogía de un ocaso*, 2013.



Contratando, en la localidad, mano de obra para tareas agrícolas y de crianceros, sobre todo, de corderos alimentados con algarrobas, cuya carne, leche y queso se lleva a mercados urbanos regionales.<sup>125</sup>

Foto 6: Vista del sector Estación Quillagua



Fuente: Fotografía cortesía de Francisco Gallardo, 2016.

Los pequeños productores se orientaron a la *agricultura de pasto* que, en la década de 1950, será mecanizada, complementándose con actividades de ganaderos-crianceros y arriería. Los recursos, básicamente alfalfa y animales, se llevarán a mercados, mataderos y ganaderías de Antofagasta, Tocopilla e Iquique. Incluso comerciantes y/o intermediarios llegarían a comprarlos al valle. La actividad de comercio local/regional de recursos trasladados en tropas de mulas y burros, seguirá siendo importante, aunque los viajes tendrán un carácter más individual, pero insertos en tramas de relaciones sociales. Se proseguirán los viajes a la costa; además de los del interior, a las quebradas de Guatacondo y de Quehuita, incluso a puntos del Alto Loa, rumbo a Miño, Chela y a la localidad de San Antonio de Ollagüe, entre otros.<sup>126</sup>

<sup>125</sup> Carmona, Genealogía de un ocaso, 2013.

<sup>126</sup> Carmona, Genealogía de un ocaso, 2013.



DESDE LAS MEMORIAS DE SUS HABITANTES<sup>127</sup>

Los recuerdos de los habitantes de Quillagua llevan a mediados del siglo XX, cuando llegaron otras familias que en sus lugares de origen estaban viviendo sequías. También arribaron los que tenían familiares en el pueblo. Procedían de poblados altiplánicos de la quebrada de Tarapacá, como Cariquima y Cancosa. Otros del valle de Pica; de las quebradas de Guatacondo y Piscala, donde se sitúa Quehuita; de Cahuisa, de Quisma. Otros venían de Calama; y de más lejos, del Alto Loa, de las cercanías de Ollagüe. Se recuerda a los más antiguos, “José Castro, Segundina Salazar, Alejandro Hoyos, Iván Chávez, Benigno Soza, Domiciana Zegarra, Bartolomé Chávez, Justina Paniagua, los Veintipopo que eran de Calama, los Bautista que eran de Quehuita, los Vicentelo”.<sup>128</sup>

Sus habitantes conocen el valle, todo lleno de nombres e historias. Y saben de sus ubicaciones; de sur a norte, La Parte, “nombre muy antiguo, que ahí comienza Quillagua”.<sup>129</sup> Luego Martincho, La Capilla; el Puente de la Máquina o Ferrocarril, que se cayó con la crecida del río del año 1925. Después, Quillagua; en las cercanías del pueblo, hacia el oriente, está Chuncaguayco, que dicen que en “quichua es diez quebradas”.<sup>130</sup> Allí hay un pozo de la familia Palape, originarios de Pica, y se siembran verduras: “Chunca. Diez. Huaycco. Quebrada de monte, o hondura entre cerros, y cualquier canal, o, cosa ahondada de auenidas”.<sup>131</sup>

Luego de Quillagua, Santa Cruz, que se ubica después de donde vivía Feliciano Vilca. Pasando se llega a Monte de Oro, donde “uno que pasó en mula encontró las campanas, que tenían oro y se las llevó, pero como eran muy pesadas, dejó una enterrada en Monte de Oro y no volvió más”.<sup>132</sup> Se llega a Punta Blanca; después de la aduna, está La Poroma, Quebrada Cebosa, La Mancha, Angostura, Pillalla, que es dónde se ensancha la quebrada; Potrereros, la Hoyada, Potrero Grande, Calate, a unos 45 km., de la boca del río: “es puro monte y ahí se cruza el río al otro lado”.<sup>133</sup> Luego el Ocho “porque hay dos cerritos, uno grande y otro chico”.<sup>134</sup> Luego la pampa del muerto, “porque hay un finadito con una cruz, dicen que tiene que haber muerto de sed”.<sup>135</sup> Después la Buitrera “que es un cordón, un lomo de cerro, dicen que en el cajón del río anidan los buitres”.<sup>136</sup> Se subía y

<sup>127</sup> Tuve la oportunidad de conocer el valle de Quillagua y a sus habitantes el año 1988 en el marco de una investigación dirigida por el arqueólogo Francisco Gallardo. Regresé nuevamente el año 1992, en el contexto del proyecto FONDECYT N° 1910198, siendo Francisco Gallardo el investigador responsable. Realice un tercer viaje el año 1995, en el marco del proyecto FONDECYT N° 1950071, siendo la arqueóloga Bárbara Cases la investigadora responsable. Mis agradecimientos por los días compartidos con las gentes de Quillagua que pude conocer, por los relatos e historias que me transmitieron. Sus palabras nunca más se me olvidaron, como tampoco su tenacidad para seguir habitante en el valle. Algunas de sus palabras están recogidas en el presente apartado.

<sup>128</sup> Ventura Salazar, nacida en 1932, originaria de Ollagüe.

<sup>129</sup> Bartolomé Vicentelo, nacido en Quillagua.

<sup>130</sup> Ventura Salazar, nacida en 1932, originaria de Ollagüe.

<sup>131</sup> Diego González Holguín, *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Quichua*. (Lima: Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1952, 1989 [1608]), 121 y 191.

<sup>132</sup> Benigno Soza, nacido en 1926, originario de Quehuita.

<sup>133</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.

<sup>134</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.

<sup>135</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.

<sup>136</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.



atravesaba la pampa y ahí “en Guanquake que es un cerrito”,<sup>137</sup> luego Quebradillas, “dicen que son siete quebradillas”.<sup>138</sup> Se pasaba por las canchas, “es un empircado de piedra, eso es de los antiguos”.<sup>139</sup> Después se divisaba la cuesta y ya se estaba descendiendo a la boca del Loa. Hay lugares que ocupan un lugar particular en la memoria, “Ancachi le llaman por la punta del cerro que es blanco. Hay árboles muy antiguos enterrados. Ese es lugar de los abuelos”<sup>140</sup> (Ver mapa).

Recuerdan que el mejor tiempo de Quillagua fue el de las salitreras. Los arrieros del lugar llevaban carbón, leña, pasto verde, verduras y carne de chanco a las oficinas. Muchos se dedicaban al maíz, alfalfa y hortalizas. Otros eran camaroneros. Y había troperos que iban a la costa a buscar guano blanco para abonar el cultivo del maíz. Se sacaba de varios puntos cercanos a la boca del Loa: de Chileno, Guachan, Punta Falsa, Chipana, Huanillos, entre otros. Allí se encontraban con arrieros de otros lugares, “los guatacondinos también iban a buscar guano, en el año 1950 vi una tropa de 45 animales con 7 arrieros y ellos iban a buscar guano a guanera Guatacondinos, al sur de la desembocadura”.<sup>141</sup> El maíz se sembraba entre septiembre y octubre: “La planta aflora a los ocho días. En ese momento se echa por primera vez el polvillo, y cuando la planta vuelve a crecer unos 20 cm., se vuelve a echar nuevamente y así hasta que la planta ya está crecida. Una era podía consumir entre 600 a 700 kilos de guano”.<sup>142</sup> Incluso, “un viaje era para una era”.<sup>143</sup>

Se hacían viajes a Quehuita, llevándose mercaderías y pasto. Se tomaba el camino por Tambillo, se descansaba allí o en Cuya. De Quehuita se podía ir a Chela. Se llevaba trigo, papa, maíz, zapallo y mote, que eran cambiados por carne de llamo. En febrero llegaba a Chela “gente de Bolivia, de Cana, de Puquio y San Pablo, traían leña, quinua y carne y la cambiaban y también en Quehuita”.<sup>144</sup> De Quehuita a Chela se “pasaba por Yoca, Sapunta y río Carpa, donde se sacaban truchas”.<sup>145</sup> En Chela vivían las familias de Jacinto y Gregorio Chávez. Allí “llegaba mucha gente de Calama y de Ollagüe, y también de Bolivia, llevaban papas, quinua, chuño y maíz, allí hay majadas de llamos ricos, todos cambiaban”.<sup>146</sup> Desde Quehuita se viajaba a las azufreras de las cercanías del Miño y Ujina. Otro circuito de viaje comprendía una ruta que desde Quillagua iba a Chitigua, estancia de la cordillera donde había cabras, corderos y llamos. Allí se llevaban fideos, arroz, té, azúcar, pero principalmente maíz. No todos los troperos hacían los mismos circuitos de viajes. Unos “iban a las oficinas, Iberia, Grutas, Rica Ventura; a la costa; no todos iban al interior”.<sup>147</sup> (Ver mapa)

En más de algunos de esos lugares coincidieron los Bautista, los Castro, los Gómez, Julián Chávez, Modesto Flores, Carlos Guajardo, Benito Quiñones, Luis Salazar, Simón Sánchez y su mujer Ventura González; Benigno Soza, Eugenio Zurita; y muchos otros más.

<sup>137</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.

<sup>138</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.

<sup>139</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.

<sup>140</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.

<sup>141</sup> Modesto Flores, originario de Pica.

<sup>142</sup> Manuel Castro, originario de Quillagua.

<sup>143</sup> Modesto Flores, originario de Pica.

<sup>144</sup> Benigno Soza, nacido en 1926, originario de Quehuita.

<sup>145</sup> Ventura González, nacida en 1932, originaria de Ollagüe.

<sup>146</sup> Ventura González, nacida en 1932, originaria de Ollagüe.

<sup>147</sup> René Castro, nacido en 1935, originario de Quillagua.



Como cuando se celebra, el 3 de mayo, las cruces que miran al pueblo, en las cercanías del cementerio. Se les canta, se las viste, y con ellas se bebe ponche y se comparten dulces y comidas. También se visten las cruces de los camaroneros, pero “primero le cantan a las cruces de La Parte, porque esa es la tradición, luego a las cruces del pueblo y los últimos días de mayo, el 28, el 29, se le canta a las cruces de Chuncaguayco”.<sup>148</sup> Otro de los recorridos festivos es la celebración del patrono San Miguel, el 29 de septiembre, las que continúan el 30 de septiembre y el 1 de octubre, ya que se celebra la Virgen del Rosario. Hay un rezo muy querido para el santo patrono protector: “*San Miguelito que no se seque el río, que no se seque, que nos dejen agüita. Que no queremos que el pueblo viva sin esa agüita*”.<sup>149</sup>

Sus gentes regresan al valle, para sus fiestas y otras ocasiones sociales, pues allí están sus arraigos y pertenencias, llevando a Quillagua otras miradas, las que se han adquirido con la vida urbana. Se regresa a Quillagua porque ahí están los antepasados, los antiguos, los abuelos, los *gentiles*. Es esa historicidad la que permite sostener los proyectos de las gentes que hoy día habitan en el valle (Ver foto 7).

Foto 7: Vista de la plaza de Quillagua



Fuente: Fotografía cortesía de Luis Prato, 2016.

<sup>148</sup> Rigoberto Palape, originario de Pica.

<sup>149</sup> Señora Gladys Suárez, citado por Jorge Rowlands, *La sequía del progreso: Consecuencias socio-culturales de la crisis hídrica en Quillagua. Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología y para obtener el título de Antropólogo*, (Santiago: Escuela de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2011), 211, 217.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Hacer la historia del valle de Quillagua y de sus habitantes, para tiempos históricos, requiere de una forma de aproximación que, necesariamente, tiene que pensarse en tanto un espacio convergente de interdisciplina. Desde ese abordaje ha sido posible dar cuenta de sus particularidades en el tiempo y el espacio, observando cómo una comunidad va transitando por temporalidades históricas marcadas por procesos de cambios y transformaciones, pero también continuidades. Es como si la comunidad, localidad y valle de Quillagua estuviesen en un constante movimiento, a veces más acelerado, otras más tenue, pero, en definitiva, re-configurándose, re-articulándose, conformando sentidos para permanecer aún allí.

El acontecer histórico de Quillagua posee estratos derivados de diversos puntos de partida, de múltiples ejecuciones y negociaciones. Su historicidad está compuesta por multiplicidades de vidas, que son las que le han otorgado cohesiones y sentidos a las actividades y memorias de sus habitantes. Allí han construido sus arraigos, pues, en definitiva, en ese espacio, cada uno de ellos, antes, en la actualidad, han levantado sus vidas individuales y sociales. Cada uno con su biografía, algunas veces recogiendo sus pasos, otras, desandando caminos para volver a caminarlos ¿Será que en el valle están los ancestros? ¿Qué en alguna parte están los eventos de su vida social? ¿Qué aún permanecen sus actos y objetos rituales, además de palabras, sonidos y gestos que los acompañaban?

Las historias vividas en el valle de Quillagua enlazan lo local y regional, en movimientos de idas y vueltas que suceden en distintos tiempos, y que se expresan con diversas velocidades. Como acontece con la temporalidad arqueológica de un espacio considerado como borde, contorno y tránsito entre los tarapacás y atacamas, donde se observan fenómenos y procesos culturales propios y genuinos, insertos en prácticas políticas, sociales y económicas y ancladas en los sistemas de creencias.

A su vez, la mirada arqueológica reconoce en Quillagua la expresión de un espacio de articulación de grupos del Loa Medio, del Complejo Pica-Tarapacá y Cultura Arica ¿Cuáles fueron los modos de expresión de esas articulaciones entre grupos indígenas con tradiciones culturales distintas? ¿De qué manera ello se expresa en la cultura material? Estas interrogantes han sido abordadas por la arqueología, desde estudios que, en clave de frontera, han permitido comprender procesos históricos que allí se produjeron, estableciéndose claras secuencias cronológicas de interacción, observadas a partir de la presencia de los distintos componentes culturales. Las investigaciones han profundizado los alcances del concepto de frontera, entendiéndose como manifestación de negociaciones y arreglos culturales complejos. El estudio de las secuencias culturales de interacción permitió reconocer que, en ciertos intervalos de tiempo, se observaba mayor ductilidad en la co-existencia de los diversos grupos humanos allí asentados; calificándose ese fenómeno como propio de un momento de frontera blanda. Mientras que en otros intervalos del tiempo, la frontera se rigidizaba o endurecía, lo que también se expresaba en la relación entre los componentes culturales.

Desde una perspectiva etnohistórica también ha sido posible documentar que, efectivamente, el valle de Quillagua presenta claros indicios que la constituyen en un nicho o espacio multiétnico de tierras bajas, de carácter periférico y/o transicional. Reconociéndose la presencia de grupos atacamas, picas y poblaciones originarias del valle



que organizan socialmente el espacio para acceder a ciertos recursos, como los que se obtienen de la recolección de los frutos de sus algarrobales, además del acceso a tierras para el cultivo de maíces. Ordenación del espacio social que habla de complejas articulaciones culturales, reconociéndose sus expresiones en el paisaje, en una *lomada*, marcada por una manifestación, *un palo muy grueso bien acepillado, donde está una pintura*, que material y simbólicamente, divide los derechos de uso. Aludiendo ello no sólo a los modos de marcar los límites, sino que a categorías de pensamiento que contienen prácticas rituales y memorias sociales de tiempos de la *gentilidad*.

El valle de Quillagua no sólo fue un área de frontera marcada desde lógicas hispanas, sino que esa demarcación impuesta estaba vinculada con contenidos que rebasaban esa colonialidad. Los hitos del paisaje estaban asociados a los ancestros, a relatos míticos y a las memorias sociales de sus productores. Allí había prácticas rituales y simbólicas claramente andinas.

Pero el valle se sumerge, al menos durante la segunda mitad del siglo XVI y parte del siglo XVII, en el silencio. Lo que resulta significativo puesto que permite preguntar desde cuándo sería posible reconocer que, efectivamente, el valle, sus habitantes y recursos fueron incorporados al sistema colonial, desde lógicas asociadas a procesos de reducción, conformación del pueblo de indios, como el actual pueblo de San Miguel de Quillagua; imposición de autoridades administrativas y eclesiásticas, reorientaciones productivas y económicas, extirpación de creencias y deidades antiguas, imposición de cargas tributarias, entre otros. Además de las consecuentes alteraciones de lógicas indígenas de organización social, cultural y simbólica.

A partir de tiempos históricos, el valle de Quillagua se irá encadenando a nuevas divisiones administrativas del territorio, aunque manteniendo su carácter de borde y/o contorno. Convirtiéndose, tempranamente, en un espacio que, productivamente, se relacionará con caletas o *fondeaderos* del área de la desembocadura del Loa. Espacios que serán objeto de una intensiva producción asociada a la explotación de los recursos del mar, como pescado; a la recolección del guano y a la minería. Siendo Puerto Loa, asiento desde donde los hispanos organizarán las actividades de las pesquerías. En el valle tendrán sus ganados para organizar la explotación de los recursos costeros y la mano de obra indígena. Los indígenas pescadores serán los responsables de su extracción y los del interior serán los encargados de su circulación hacia espacios vecinos y distantes. El pescado seco y salado, se llevará a espacios mineros cercanos a la desembocadura, como el mineral de La Paiquina; pero también será trasladado al rico mineral de plata de Guantajaya, en las inmediaciones del puerto de Iquique, además de abastecer al rico mineral de Potosí, en el Alto Perú.

En el valle de Quillagua se irá conformando un pueblo, un asentamiento aglutinado al modo hispano, el que coexistirá junto al pueblo *viejo*. Se trazará una sola calle y se levantará una iglesia. El valle será objeto de litigios administrativos, puesto que era necesario aclarar que pertenecía al borde sur del tenientazgo de Tarapacá, y no al Corregimiento o Partido de Atacama. También sus tierras serán causa de controversias, aunque ya avanzado el periodo colonial. Allí se solicitarán tierras para ser cultivadas con trigo y alfalfa. El valle se irá poblando de alfalfares, los que se intercalarán con plantaciones de maíz trabajadas por los naturales, regadas con aguas del Loa, y siendo fortalecidas con guano traído de la costa. El valle se irá poblando, será ocupado por ganado mular, vacuno y caprino. Continuidad que también es extensible a los tiempos republicanos



y las divisiones administrativas entre los territoriales nacionales de Perú y Bolivia.

Quillagua irá creciendo, se transformará en un pueblo, ya no una aldea o caserío. A fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX comenzarán los ciclos productivos, primero del maíz, y luego de la alfalfa. Se abrirán nuevos espacios de circulación de los recursos, primero las oficinas salitreras, luego los mercados urbanos regionales. Llegarán nuevas familias procedentes de lugares cercanos y distantes, procesos de migración, algunos de ellos forzosos, debido a la escasez de agua, a las sequías prolongadas o bien en busca de otros horizontes.

## AGRADECIMIENTOS

A los habitantes de Quillagua por su amabilidad, tiempo y disposición a abrir sus historias. A Bárbara Cases por todo lo aprendido, siempre volviendo a Quillagua. A Cecilia Sanhueza por su generosidad en la revisión de su material escritural sobre Quillagua. A Francisco Gallardo por esos viajes al valle entre fines de la década de los 80' y comienzos de los 90', por las conversaciones y las fotografías que están en este trabajo. Igualmente, a Luis Prato por su gentileza al facilitarme las fotografías que forman parte de este trabajo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA. *Boletín de la Guerra del Pacífico, [1879-1881]*. T. 6. Mayo, 1879. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979.
- ADVIS, Patricio. *El desierto conmovido: Paso de la hueste de Almagro por el norte de Chile*. Iquique: Universidad Arturo Prat, 2008.
- AGÜERO, Carolina, Mauricio Uribe, Patricia Ayala y Bárbara Cases. Una aproximación arqueológica a la etnicidad y el rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua. *Gaceta Arqueológica Andina* n°25 (1999): 167-197.
- ARCE, Isaac. *Narraciones históricas de Antofagasta*. Santiago: W. T. Uriarte Impresores, 1930.
- ASSADOURIAN, Carlos Sempat. *El sistema de la economía colonial. El mercado interno. Regiones, espacio económico*. México: Editorial Nueva Imagen, 1983.
- BARRIGA, Víctor M. *Memorias para la Historia de Arequipa*, Tomo II. Arequipa: Editorial La Colmena, 1941.
- BERMÚDEZ, Oscar. "La población indígena de la doctrina de Pica. Segunda mitad del siglo XVIII". *Chungara* 6 (1980): 145-215.
- BERMÚDEZ, Oscar. *Orígenes históricos de Antofagasta*. Santiago: Editorial Universitaria, 1966.



- BERTONIO, Ludovico. *Vocabulario de la lengua Aymara*, edición facsimilar. La Paz: CERES-IFEA-MUSEF, 1984 [1612].
- BERTRAND, Alejandro. *Departamento de Tarapacá. Aspecto Jeneral del terreno, su clima i su producción*. Santiago: Imprenta de la República, 1979.
- BILLINGHURST, Guillermo. *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Santiago: Imprenta de El Progreso, Santiago, 1886.
- BILLINGHURST, Guillermo. *La irrigación en Tarapacá*. Santiago: Imprenta y Librería Ercilla, 1886.
- BOWMAN, Isaiah. *Los senderos del Desierto de Atacama*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1942 [1924].
- CABELLO, G., Francisco Gallardo y Carolina Odone. “Las pinturas costeras de Chomache y su contexto económico-social (Región de Tarapacá, Norte de Chile)”. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 18, n° 1 (2013): 49-66.
- CAPALDO, Adriana, Diego Damm y Carolina Odone. “Sobre el habitar la pampa del Toco (1890-1920)”. *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos* 10, n° 2 (2010): 175-198.
- CARMONA, Javier. “Genealogía de un ocaso agrícola. Estructura agraria y reetnificación en el valle de Quillagua. Desierto de Atacama, II región de Antofagasta, Chile”. *Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología y para obtener el título de Antropólogo*, Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2013.
- CASES, Bárbara e Indira Montt. “Las túnicas rupestres pintadas de la cuenca Media y Alta del río Loa vista desde Quillagua (Norte de Chile)”. *Chungara* 45, n° 2 (2013): 249-275.
- CASES, Bárbara. “Continuidad, cambio y variaciones en las bolsas domésticas de Quillagua durante el Período Intermedio Tardío”. *Tesis para optar al grado de Magister en Antropología*, Departamento de Arqueología y Museología, Universidad de Tarapacá, 2007.
- CASTELLÓN, Claudio. *Los últimos arrieros de Quillagua*. María Elena: Museo de Maria Elena, s/f.
- CASTRO, Victoria. *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad de Chile Facultad de Ciencias Sociales, 2009.
- CERVELLINO, Miguel y Francisco Tellez. “Emergencia y desarrollo en una Aldea Prehispánica de Quillagua-Antofagasta”. *Contribución Arqueológica*, n° 1 (1980): 1-235.
- DÍAZ, Patricio. *La industria del salitre contada por el yodo 1811-2004*. Antofagasta: Emelnor, 2005.
- ESPINOZA, Enrique. *Geografía descriptiva de la República de Chile*. Santiago: Imprenta i litografía i encuadernación Barcelona, 1903.
- GALLARDO, Francisco, Luis Cornejo, Bárbara Cases y Rodrigo Sánchez. “Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, Norte de Chile”. *Gaceta Arqueológica Andina* n°23 (1993b): 125-138.
- GALLARDO, Francisco, Luis Cornejo, Rodrigo Sánchez, Bárbara Cases, Álvaro Román, y Ángel Deza. “Una aproximación a la cronología y el asentamiento en el oasis de Quillagua (Río Loa, II Región)”. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología*,



- Tomo II, 1993a.
- GARCÍA GORROÑO, Benjamín. “Descripción geográfica de la provincia de Tarapacá”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 76, n° 8 (1934): 32-96.
- GONZÁLEZ HOLGUIN, Diego. *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Qquichua*. Lima: Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1952, 1989 [1608]
- GONZÁLEZ, Sergio. “El arrieraje de Tarapacá durante el ciclo salitrero”. *Camanchaca* n° 8 (1989): 10-35.
- MÁLAGA Medina, Alejandro. *Visita General del Perú por el virrey D. Francisco de Toledo (1570-1575)*. Versión paleográfica. Sucre: Editorial El Sol, 1974.
- MARTÍNEZ, José Luis. “Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el corregidor de Atacama, Don Juan de Segura (19 de julio de 1591)”. *Cuadernos de Historia* 5 (1985): 161-171.
- MARTÍNEZ, José Luis. *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Santiago: DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1998.
- MELCHER, Gerardo. *El norte de Chile, su gente, desiertos y volcanes*. Santiago: Editorial Universitaria, 2004
- NÚÑEZ, Lautaro. “La sociedad tarapaqueña al tiempo de la invasión europea”. *Revista Campus Iquique* n° 20 (1992): 60-71.
- NÚÑEZ, Lautaro. “Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el Norte de Chile”. *Boletín de la Universidad de Chile*, n° 112 (1971): 3-25.
- O’BIEN, Antonio. “Descripción del partido de Tarapacá”. Oscar Bermúdez (editor), *Estudios de Antonio O’Brien sobre Tarapacá. Cartografía y labores administrativas 1763-1771*. Antofagasta: Editorial Universitaria, 1975.
- ODONE, Carolina. “El tejido de las estrategias de distribución y circulación espacial en Tarapacá: Un registro colonial”. *Memoria Americana* n°4 (1996): 57-80.
- ODONE, Carolina. “La territorialidad indígena y española en Tarapacá colonial (Siglos XVI – XVIII): Una proposición”. *Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994.
- ODONE, Carolina. Quillagua: La descripción de un espacio desde la historia. *Actas del II Congreso Chileno de Antropología* Vol. 2, 1995, 598-605
- ODONE, Carolina. *La quebrada de Tarapacá: Los espacios y sus relaciones (Siglos XVI-XX)*. Santiago: Proyecto VID SOC08/16-2 Universidad de Chile, 2011.
- OFICINA HIDROGRÁFICA DE CHILE, *Jeografía náutica i derrotero de las costas del Perú*, 1879. Santiago: Imprenta Nacional, 1879.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe. *Verdaderos límites entre el Perú y Bolivia*. Lima: Imprenta Liberal, 1878.
- PIMENTEL, Gonzalo, Charles Rees, Patricio de Souza y Lorena Arancibia. “Viajeros costeros y caravaneros. Dos estrategias de movilidad en el período Formativo del Desierto de Atacama, Chile”. En *En ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del tráfico sur andino*, Lautaro Núñez y Axel Nielsen (eds), 43-81. Córdoba: Encuentro Grupo Editor, 2011.



- PIMENTEL, Gonzalo. "Las huacas del tráfico. Arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del Desierto de Atacama". *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14, n° 2 (2009): 9-38.
- REES, Charles. *Informe final de Patrimonio Cultural, Proyecto Cambio Tecnológico María Elena*, SQM Nitratos. Santiago: PRAMAR ambiental consultores, 2007.
- RISOPATRÓN, Luis. *Diccionario Geográfico de Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1924.
- ROBLES, Oscar. Factores limitantes en el suelo para el desarrollo de la vegetación en el valle de Quillagua. Región de Antofagasta, Chile. *Seminario de Grado*. Santiago: Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2010.
- ROWLANDS, Jorge. "La sequía del progreso: Consecuencias socio-culturales de la crisis hídrica en Quillagua". *Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología y para obtener el título de Antropólogo*, Escuela de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2011.
- RUDOLPH, William. "El Loa". *Revista Chilena de Historia y Geografía* 59, n° 63 (1928): 66-89.
- SANHUEZA, Cecilia. "Orígenes y desarrollo de la arriería colonial en Atacama. Siglos XVI-XVIII". *Tesis de Licenciatura en Historia*, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.
- SANHUEZA, Cecilia. "Territorios, prácticas rituales y demarcación del espacio en Tarapacá colonial en el siglo XVI". *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13, n° 2 (2008): 57-75.
- SANHUEZA, Cecilia. "Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI". *Estudios Atacameños*, n° 10 (1992): 169-182.
- SANHUEZA, Cecilia. 2007. "Antecedentes históricos de un espacio colonial de frontera: Poblaciones, recursos e intercomunicación en el río Loa y sus costas adyacentes". En *Informe final de Patrimonio Cultural, Proyecto Cambio Tecnológico María Elena*, Charles et. al., capítulo V de REES. SQM Nitratos. Santiago: PRAMAR ambiental consultores, 2007.
- TRELLES, Efraín. "Lucas Martínez Vegazo: Funcionamiento de una Encomienda Peruana Inicial". *Tesis para optar al grado de Bachiller en Historia*, Programa Académico de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1980.
- VILLALOBOS, Sergio. *La economía de un desierto. Tarapacá durante la colonia*. Santiago: Editorial Universitaria, 1979.

